

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL

Oración Centrante Uno 2025

Semana 26
EL PERDÓN

EL EJEMPLO DE VIDA DE JESÚS (1)

El amor a los enemigos parece una locura y, ciertamente, se supone que así sea. Jesús lo formula deliberadamente como una paradoja irónica—amar a los que normalmente odiaríamos—para provocar en nosotros una forma radicalmente nueva de comprender la justicia y de manejar el conflicto. Jesús tiene toda la intención de hacernos perder el equilibrio, de sacudirnos para que veamos las cosas desde una perspectiva radicalmente distinta.

-Derek Flood, Disarming Scripture (Desarmando las Escrituras)

Hasta ahora hemos estado explorando las enseñanzas de Jesús sobre el amor a los enemigos. Veamos ahora cómo vivió ese mensaje en su vida diaria. Comencemos con el caso de la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8: 1-11):

Jesús se fue al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo. Toda la gente se le acercó y él se sentó a enseñarles. Los maestros de la ley y los fariseos llevaron entonces a una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio del grupo le dijeron a Jesús: “Maestro, a esta mujer se le ha sorprendido en el acto mismo de adulterio. En la ley Moisés nos ordenó apedrear a tales mujeres. ¿Tú qué dices?” Con esta pregunta le estaban tendiendo una trampa, para tener de qué acusarlo. Pero Jesús se inclinó y con el dedo comenzó a escribir en el suelo. Y como ellos lo acosaban a preguntas, Jesús se incorporó y les dijo: “Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.” E inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en el suelo. Al oír esto, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta dejar a Jesús solo con la mujer, que aún seguía allí. Entonces él se incorporó y le preguntó: “Mujer, ¿dónde están? ¿Ya nadie te condena?” “Nadie, Señor.” “Tampoco yo te condeno. Ahora vete y no vuelvas a pecar.”

En el capítulo 7 de San Juan, justamente anterior a este texto, se nos dice que ya las autoridades religiosas buscaban a Jesús para darle muerte y él lo sabía. Se tejía un complot de masas (*mobbing*) para asesinarlo, pero era importante buscar razones para justificar la acción ante sus propios ojos y los de los demás. Eso es característico de la violencia de masas: la justificación por medio de la ley o los dictados de la sociedad. Para lograr su propósito, se dedicaron a observar sus pasos y a tenderle trampas para tener de qué acusarlo.

Decidieron entonces traerle a una mujer sorprendida en adulterio con el doble propósito de castigar a la adúltera, aplicando la justicia retributiva de la ley mosaica y, al mismo tiempo, dar cuenta de Jesús, quien se vería ante un dilema. Si decía que la mujer no debía ser apedreada,

estaría en oposición directa a Moisés; pero si consentía a que la apedreasen, estaría violando su propia enseñanza de amor y perdón incondicionales.

Jesús estaba familiarizado con la ira de los fariseos y solía responder a los ataques personales de manera firme, pero siempre sin violencia, nunca respondiendo con otra agresión. Uno de sus mecanismos preferidos para bajar el tono del conflicto era escurrirse, escabullirse, salirse de la situación. (Lucas 4:30, Juan 10: 39). Su hora aún no había llegado. En nuestra cultura, algo semejante sería símbolo de debilidad y cobardía, especialmente en el caso de un hombre. La sociedad respeta a quien se enfrenta a los otros a puño limpio. Jesús, nuestro Maestro, nos muestra un camino diferente. Su enseñanza y su ejemplo eran claros y valientes (tan valientes que eventualmente le costaron la vida) pero él no poseía el deseo egoico de hacer alarde de su fuerza y valor. Sabía cuando era prudente retirarse y lo hacía. Ése es un buen ejemplo para todos nosotros.

Ahora bien, en el caso de la mujer adúltera, retirarse era imposible. Si lo hacía, estaría abandonando a la acusada en su momento más crítico. No se trataba ahora, por lo tanto, del peligro que corría su propia vida, sino de la necesidad de salvar una vida ajena. Jesús comprendía el fenómeno del contagio colectivo de la violencia y actuó prudentemente.

René Girard hace una interpretación brillante de esta escena. Si Jesús miraba a los ojos de sus contrincantes, éstos podrían interpretarlo como un gesto de desafío y comenzaría el apedreo. Lo importante en ese momento era bajar el tono, no dar la más mínima impresión de represalia. *Lo esencial era impedir que se lanzara la primera piedra, puesto que una vez lanzada la primera, las demás volarían sin remedio.* El silencio de Jesús escribiendo en el suelo ofrece una breve pausa al frenético impulso de los fariseos y los maestros de la ley. Por fin, al verse presionado, responde con pocas palabras y en un tono nada acusatorio o personal: “Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.” Y baja de nuevo la cabeza. Jesús, simplemente, los remite a que se examinen a sí mismos, sin juzgarlos ni condenarlos. Poco a poco todos, uno por uno, dejan caer las piedras y se van retirando.

Nos dice Girard: “Al salvar a la mujer adúltera de ser apedreada, como lo hace Jesús, impide que se inicie el contagio violento. Comienza, por su parte, otro contagio en dirección opuesta, un contagio de no-violencia. Desde el momento en que el primer individuo rechaza apedrear a la mujer adúltera, se convierte en un modelo que es imitado cada vez más, hasta que, finalmente, todo el grupo abandona el plan de apedrearla.”¹

Es decir, que podemos escoger, guiados por Jesús y el Espíritu Santo, entre dejarnos contagiar por los violentos o por los pacíficos. El contagio y la imitación operan en ambas direcciones, para el bien y para el mal. Ésa, precisamente, es una de las funciones de una comunidad de fe. Servir de agentes mutuos de paz, amor y perdón. Una de las señales más claras de que una

¹ Girard, René. *I Saw Satan Fall Like Lightning*, p. 57

comunidad de fe ha perdido su rumbo es cuando en su interior ocurren rivalidades, rencillas o intentos de ataque colectivo a alguna persona o subgrupo. Por sus frutos los conoceremos.

Finalmente, Jesús queda solo con la mujer. Ocurre ahora uno de los intercambios más hermosos de todos los evangelios. Recordemos que esta mujer es *verdaderamente* culpable de adulterio, no ha sido acusada falsamente, no es inocente. Jesús no le impone un castigo y ni siquiera la reprende. Sólo le dice: “Tampoco yo te condeno. Ahora vete y no vuelvas a pecar.” Imaginemos cuál debe haber sido su alivio y sanación en ese momento, al escuchar esas palabras de misericordia. En este pasaje, tenemos ante nuestros ojos uno de los más claros ejemplos de justicia restaurativa de los evangelios. El propósito de Jesús no era condenarla o castigarla, sino salvarla. No era juzgarla, sino restaurarla curada a su vida diaria. En Dios, la justicia y la misericordia no se oponen, sino que son dos caras de la misma moneda. Permitamos que Jesús, nuestro Maestro y modelo, nos guíe con su ejemplo de vida.

Para practicar en los próximos días

1. ¿Cuántas veces has recibido en tu vida ese perdón restaurativo y la infinita misericordia de Dios? Recuerda las ocasiones. Sé específico. Dale gracias al Señor. ¿Ofreces la misma misericordia a los otros o tiendes a juzgarlos?
2. Observa las ocasiones en que te dejas llevar por el juicio negativo de una persona o un grupo y te unes a ellos en la condena (o crítica) de alguien. Obsérvalo cuidadosamente, pero sé misericordioso contigo mismo. Ábrete a la compasión eterna de Dios.
3. Practica la Lectio Divina con el pasaje de la mujer adúltera. ¿Qué palabra o frase atrae tu atención? Saboréala. Rúmiala. Repítela. Llévala al corazón y regresa a ella en medio de tu vida cotidiana.

